

ciones tienen necesidad de misticismo y de fe», escribe el diario oficial, justificando la reacción inminente.

En discursos que fueron importantes etapas de su acción política, ha definido el dictador su doctrina. Programa «plástico y dinámico», breve catecismo de ideas que mueven a la acción y que él adecúa a realidades que se transforman. A quienes le piden rigor y rigidez de sistema, contesta: «somos un movimiento, no un museo de dogmas y de inmortales principios». Hace dos años declaraba el fascismo su fe en la República y condenaba al Senado; hoy se adhiere a la institución monárquica y defiende a los padres romanos. Nadie le acusa, sin embargo, de oportunismo. No transige en lo esencial y abandona al tiempo y a sus enseñanzas la parte objetiva de sus teorías. Además, odia la actitud de los reformadores mesiánicos. «No traemos verdad revelada», ha dicho alguna vez, «ni tenemos una visión apocalíptica o catastrófica de la historia». Ni aspira a la perfección ni pretende destruir por destruir, con una suerte de sadismo que se complace en acumular ruinas sin tregua. Ha leído a Platón y sabe que aplicadas sus teorías a las ciudades griegas, habrían engendrado un terrible desastre. Sólo en los libros de los filósofos, afirma el *duce*, existen regímenes acabados.

Disciplina y violencia, he aquí los aspectos cardinales de la actividad fascista. El jefe enseña a sus legiones que hay en la obediencia «un orgullo a la vez humilde y sagrado». ¿Cómo aprender a dirigir multitudes sin haber aceptado una disciplina? Sólo conociendo los beneficios de la autoridad se puede asumir funciones de caudillo o capitán de gentes. Si se inclina el individuo a la licencia, si prefiere la anarquía al orden, se le obligará a obedecer, a someter su yo rebelde por medio de la violencia. Mussolini repite una de las fórmulas del libro fundamental de Sorrel: «La violencia no es inmoral». En determinadas ocasiones expresa una altísima convicción; un imperativo ético la explica y justifica. Es entonces, en «situaciones gangrenosas», la violencia, de un orden «moralísimo y y sacrosanto». De un tajo cortar nudos que parecían destinados a perdurar. A otros la moral tolstoyana o humanitaria, credo de esclavos. El fascismo, inspirándose en antigua máxima, trata de superar en el bien a los amigos y en el mal a los enemigos. La historia de las grandes épocas le muestra que los conflictos de intereses y de ideas constituyen siempre un «problema de fuerza». Dócil a esa severa lección, se sirve de la violencia el nuevo régimen romano para imponer la restauración en un país victorioso, para salvar a la Italia de Vittorio Veneto,

«exuberante de vida, de arranque y de pasión».

No la violencia como método, como sistema, sino en casos de dolorosa excepción. Mussolini es el cirujano de hierro que acuciaba Joaquín Costa para España. Corta, sumerge en sangre sus manos activas y ardientes, obedeciendo a una urgente necesidad.

Un nuevo Estado van a fundar las audaces legiones negando un orden destinado a fenecer, lo que el condottiero llama con desdén la «superestructura socialista democrática»; impía organización, dentro del reino, de las fuerzas enemigas de Italia. El país quiere vivir, aspira a una legítima, a una necesaria expansión; sueña en el Imperio que vendrá. «La regere imperio populus», cantaban los latinos. Virgilio agregaba: «et debellare superbos». A los poderosos de Europa se dirige el régimen flamante para humillar su soberbia y poner límites a la fuerza desatada.

La Roma dulcísima de D'Annunzio se convierte en capital austera y áspera. El dictador medita al crear el estado futuro. El Coliseo, las piedras santas, se le antojan grandezas del pasado. El no ama los museos sino el campo abierto, las voluntades tensas y la tierra en gestación. Estudia soluciones; practica, como el maestro francés Charles Maurras, un empirismo organizador. Se inclina ante el rey, mantiene la monarquía porque representa la «continuidad histórica de la Nación». Ha de conservarla si no se opone—y no ha de oponerse ciertamente—a la voluntad de la nueva Italia. En cuanto al Parlamento es, declara, un «juguete» para el pueblo. ¿Por qué no conservarlo en estos años grises en los cuales es ardua y amarga la existencia? Pan y juegos pidieron siempre las masas dolientes.

El caudillo fascista no es enemigo de la democracia, pero tampoco cree en la fuerza muda del número. No adora «la nueva divinidad», la masa, ha declarado, porque el número es muchas veces contrario a la razón y en las minorías está la voz de Dios. Del grupo estrecho viene la luz, la fuerza para las trasmutaciones ineludibles.

El socialismo ha creado un nuevo ídolo falso: la multitud.

Frente al socialismo, ha definido el dictador su actitud. El pueblo es parte esencial de la Nación, en la guerra y en la paz; sus intereses y sus inquietudes, sus ambiciones y sus reivindicaciones, preocuparán siempre a los estadistas que no obedezcan a prejuicios de clase. Cabé, en las direcciones de la política reformadora y restauradora, un sindicalismo fascista. ¿Por qué ha de olvidar ésta que así como tropezamos con un proletariado «infecto» existe también una «infecta» burguesía? La virtud, el vicio, no son monopolio de determinado grupo dentro de la nacionalidad.

El interés burgués, la rebeldía proletaria, pueden combatir en el cuadro de la patria. Nada supera a ésta, a su existencia, a su perpetuidad, en el orden político. La diosa Italia, como la diosa Francia de Maurras, impone devoción, obediencia y sacrificios. Hemos creado un mito, es decir, una gran pasión, exclama orgullosamente Mussolini: la Nación y su necesaria grandeza. ¿Qué puede contra ella el virus asiático, la confusión eslava, una metafísica ilusiva? En el combate entre fascismo y comunismo descubre el jefe la lucha entre Oriente y Occidente, el caos y el sentido de realidades precisas, el mesianismo y la fría razón.

En suma, ninguna escueta teoría pone trabas a su patriotismo, a su amor a la futura Italia. No sólo yerra, según el caudillo, el socialismo, sino que la misma democracia muestra su desdén por la historia cuando afirma que son inmutables los principios; que, en determinadas ideas, se encierra la verdad definitiva, para todos los tiempos, para todos los pueblos. ¿Por qué ha de venir, después de la democracia, una superdemocracia? Puede darse en este siglo otra forma política, cambios que presenten la apariencia de regresiones. Sin prejuicios, Mussolini observa y discute.

Ya ha corregido los mismos excesos del fascismo: la violencia inútil, el odio creciente que armaría a dos Italias en larga lucha y alejaría el advenimiento de la paz civil. Acaba de re-

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA